

LUCIANO
LUTEREAU



EL
FIN
DE LA
MASCULINIDAD

CÓMO AMAR
EN EL
SIGLO XXI

PAIDÓS

El fin de la masculinidad

Cómo amar en el siglo XXI

Luciano Lutereau

Introducción

ADIÓS AL MATRIMONIO

Sally: Bueno, yo aprendí que el amor no es pasión y romanticismo [...].

Jack: [...] es tener a alguien a tu lado con quien envejecer... Lo realmente duro y lo que crea problemas enormes a mucha gente es tener expectativas elevadas.
Woody Allen, *Maridos y esposas* (1992).

Hace mucho tiempo, cuando yo tenía alrededor de cinco años, hubo una situación que llamó bastante mi atención. Estábamos en la casa de mis abuelos, donde teníamos la costumbre de pasar los domingos apaciblemente, cuando se escuchó un murmullo particular. Era la década de los 80, en ese entonces la palabra “divorcio” tenía un sentido diferente al de hoy en día.

Ocurría que un matrimonio cercano al de mi familia estaba atravesando una crisis, creo que a partir de una infidelidad y, como era de esperar, todos en la mesa debatían sobre el incidente. Había quienes tomaban partido por la mujer engañada y apoyaban la moción de que debía separarse –siempre es fácil opinar sobre la vida ajena, es una de las cosas que como psicoanalista aprendí que nunca hay que hacer–, otros especulaban sobre el hecho en sí: se preguntaban si había sido “tan así”, si lo ocurrido no obedecía a ciertas otras causas, o llegaban a la con-

clusión de que estas cuestiones no se pueden juzgar sin tener en cuenta una variedad de infinitos detalles. No recuerdo bien quiénes estaban en cada bando, ni siquiera si había también una tercera posición, porque yo solo tenía ojos para mi abuela, que repetía con desconsuelo: “No pueden destruir una familia”.

Mi abuela, que en ese entonces llevaría ya unos treinta o cuarenta años de casada, a pesar de su afectación, encarnaba una voz reflexiva: ¿cómo puede ser que por un antojo personal descuiden ese proyecto que trasciende a los esposos y al que ambos tienen la obligación de consagrarse? Fue entonces que dijo una frase que, aunque casi nadie escuchó, para mí fue un hallazgo: “¿En serio tienen que separarse? ¿No pueden tener amantes como la gente normal?”.

* * *

No pocas veces, recostado en el diván, recordé a mi abuela y su concepción de la normalidad. Creo que gracias a ella me curé muy pronto de la moral de los normales. Cuando yo era niño también, una pregunta muy común de mi madre (la hija de mi abuela) era: “Luciano, ¿no te gustaría ser normal?” y recuerdo que pensaba en la frase de mi abuela y en que la normalidad era para otros; que para nada me interesaban las concesiones, maniobras y artificios que alguien tiene que hacer para sentirse de esa forma tan paradójica que llaman “normal”. Yo no soy normal, nunca me interesó serlo y esa fue una de las vías por las que llegué al psicoanálisis, primero como paciente y luego, con los años, como psicoanalista.

Sin embargo, hay un núcleo de verdad histórica en la frase de mi abuela. Habla de una época en la cual el matrimonio era una institución fuerte. Hoy en día menos gente se divorcia, porque casi nadie se casa. Al mismo tiempo, la idea de familia ya no tiene un valor prescriptivo: ni siquiera es tan corriente hoy –como en los 90– que haya “familias ensambladas”, porque las

personas se separan y luego, como separados, arman vínculos satelitales con otros. Ya no tenemos padrastrós y madrastras; la nuestra es la época de “el novio de mi mamá”, “la pareja de mi papá” o, simplemente, un nombre propio. Así es como lo dicen los niños: “¿Quién es ella?” “María” “¿Quién es María?” “La que duerme con mi papá”, me dijo una vez un niño de 6 años.

Las funciones simbólicas (marido/esposa, padre/madre) que antes enlazaban a las personas en el matrimonio se han comenzado a deshilar. En el siglo XIX, había un mandato social –implícito, y no tanto (ya que el entorno empezaba a preguntar)– de que antes de cierta edad había que estar casado. Recuerdo un viejo tango que cantaba Julio Sosa llamado *Nunca tuvo novio*, que cuenta la historia de una solterona que estaba en su casa leyendo “novelones de amor sentimental”. ¿Qué edad tenía esa mujer? 30 años. ¿De qué mujer diríamos hoy que es una solterona a los 30? Es que, además, esa noción prácticamente desapareció de nuestro vocabulario. No solo quienes se casan lo hacen más tarde, sino que incluso muchas veces la búsqueda de una pareja ya no es para tener un marido (o una esposa), sino para encontrar al padre (o madre) de un hijo.

Esta circunstancia marca una diferencia importantísima entre la época de Freud y la nuestra. Todos los casos freudianos giran en torno al matrimonio. Por ejemplo, una mujer de 18 años –sí, porque en el siglo XIX a los 18 años una mujer no era una *teen*– acepta los galanteos de un hombre, que le hace regalos, con quien se escribe cartas y se encuentra furtivamente, hasta que él le dice algo que a ella la escandaliza: una frase que –ella lo descubre– también le dijo a otra. En ese punto, ella le pega una cachetada y se convierte en histérica. No porque le haya pegado una cachetada –quizá eso sea lo más femenino que hizo–, sino porque a partir de ese momento, ella empieza a sufrir de falta de ánimo, intensos dolores de cabeza y migrañas, todos síntomas que son resultado de la decepción amorosa. Ella esperaba más de él, que no fuese lo que hoy sería “un chamuyero” –de

esos que existen desde que el mundo es mundo— y lo que llamo histeria en su caso no es algo patológico, sino una determinada actitud o posición: esta mujer estaba interesada en ser la mujer de un hombre, en que él la eligiese, en ser su preferida —por eso fue tan ofensivo que le dijera lo mismo que a otra—. “Eso se lo dirás a todas”, se decía en otro momento y, por cierto, de un varón se esperaba que pudiera decir algo más que palabras bonitas que se le pueden decir a cualquiera.

Entonces, cuando digo “histeria” no me refiero a lo que se suele nombrar en el lenguaje popular —como sinónimo de remilgada o quisquillosa—; de la misma manera que cuando digo “síntoma” no uso esta palabra en sentido médico, sino como expresión de un conflicto; el de esta mujer era bastante claro: ¿podré encontrar a quien quiera casarse conmigo? La histeria, entonces, es una categoría propia de una época en que las mujeres estaban destinadas a ser esposas. Hoy en día, luego de descubrir que él mentía —aunque, podríamos preguntarnos: ¿es lo mismo chamuyar (o “versear”, como también se dice) que mentir? ¿No es esa una interpretación desencantada de muchas mujeres, que le atribuyen a la palabra del varón una expectativa de veracidad que la acerca más al proceso judicial que al lazo amoroso?—, en lugar de volverse una histérica que sufre dolores corporales, seguramente ella podría haberlo escrachado en *Así no me vas a coger pelotudo* —sitio de Internet donde mujeres hacen causa común al describir las torpezas de los varones con los que tienen citas.

La histeria era el sufrimiento basado en la espera, del amor frustrado, que podía llevar a que una mujer —después de una decepción— quizá nunca más volviese a intentar el lazo con otro. Así llegamos a la “solterona” que mencioné antes. Hay una vieja obra de teatro, de Jean Cocteau, que lo ilustra muy bien. Se llama *La voz humana* y consiste en el monólogo de una mujer sentada en una cama, que aguarda un llamado telefónico que nunca llega. En un contexto más inmediato, no

tendríamos más que recordar esa telenovela argentina de los 90 que se llamó *Una voz en el teléfono*, cuya cortina musical empezaba con la canción de Paz Martínez que decía: “Hoy no me llamó”. Podríamos preguntarnos, ¿sufren todavía las mujeres de esperar? ¿No le habría enviado ella antes un mensaje y, si él hubiese demorado su respuesta, quizá le hubiera vuelto a escribir, increpándolo con un “Me clavaste el visto”? Tal vez, entonces, él le respondería: “No seas intensa”.

El punto es que las coordenadas de relación entre varones y mujeres han cambiado profundamente a lo largo del siglo XX. Por ejemplo, una mujer ya no necesita a un varón para procrear. Eso no quiere decir que pueda prescindir fácilmente de la idea de un padre para su hijo, pero eso es otro tema. Asimismo, si la expectativa social basada en el matrimonio se distendió, se hace presente una condición específica: muchas mujeres no piensan en una pareja estable más que cuando el reloj de la maternidad empieza a apremiar. En el siglo XIX, una mujer buscaba a un varón para que fuese su esposo, dado que un marido también otorgaba una representación social; mientras que después del siglo que inventó la pastilla anticonceptiva, la liberación femenina y la realización profesional en un ámbito que era sólo para varones, las mujeres buscan su voz propia. ¿Quién puede querer un marido hoy? Por eso en la actualidad se habla de pareja, compañero y otros términos que buscan destacar mucho más la simetría, aunque también indican que nunca como hoy se esperó tanto de un vínculo amoroso. Hace poco una mujer me decía que quería conocer a alguien que fuese inteligente, tierno, respetuoso, comprensivo, trabajador y, antes de que pudiera completar la lista, no pude que menos que preguntarle en chiste: “¿Todo eso en una sola persona?”. En otro momento histórico, esas diferentes características las cumplía una comunidad entera. ¡Así no hay amor que aguante!

* * *

En su libro *Por qué duele el amor*,¹ Eva Illouz explica los cambios históricos que llevaron del amor del siglo XIX al presente a través del debilitamiento de ciertas figuras que aseguraban el vínculo social: el compromiso, la promesa, el respeto. En la sociedad patriarcal, toda mujer estaba referenciada a un varón (padre, hermano, marido). De ahí que no fuera tan fácil que un varón incumpliese su palabra, sin vergüenza, cuando esa actitud también podía llevar a una institución clásica de aquel entonces: el duelo. Herir el honor de una mujer podía tener como resultado que dos varones tuvieran que batirse con la muerte como telón de fondo. En el mundo tecnológico de hoy en día, más impersonal, las mujeres están más indefensas. Curiosa paradoja la del siglo XXI: la otra cara de la revolución feminista es a veces una mayor vulnerabilidad.

Esto me recuerda una conversación reciente, en la librería Caras y Caretas, con mi amiga la escritora Florencia Abbate. Hablábamos del matrimonio y llegamos a un punto árido: por un lado, el matrimonio burgués limitó a la mujer al ámbito doméstico, la encerró en la cocina y la condenó a la maternidad; pero también, por otro lado, el precedente de esta forma histórica es –como han destacado historiadores como Georges Duby– una transición que, desde la Edad Media, implicó que en el matrimonio interviniesen tres partes: el varón, la mujer y el cura. Para Duby,² el matrimonio tal como lo conocimos surgió de una suerte de alianza entre las mujeres y la Iglesia para limitar la sexualidad masculina. En época de caballeros andantes, cuando los varones iban por ahí (en cada puerto, dice

1. Eva Illouz, *Por qué duele el amor. Una explicación sociológica*, Buenos Aires, Capital Intelectual/Katz, 2012.

2. Georges Duby, *El amor en la edad media y otros ensayos*, Madrid, Alianza, 1992. En la misma dirección, otros dos libros que recomiendo consultar para esta cuestión, son: Jacques Solé, *L'amour en Occident à l'époque moderne*. Paris, Albin Michel, 1976 y Denis de Rougemont, *El amor y Occidente*, Barcelona, Kairós, 1999.

el saber popular) desperdigando su simiente, era necesaria una limitación: así surge la idea de que el cura casara a la pareja, luego de que el varón le pidiera su mano (el hábito se conservaría luego, ya no con el padre de la Iglesia, sino con el padre de la mujer) y, por esta vía, la esposa legítima se convirtiera en quien tendría que introducir a los hijos en la fe. El matrimonio civil es un resabio laico de esta forma religiosa.

¿Qué obtiene a cambio la mujer? La herencia. Por cierto, hasta no hace muchos años –previos a las reformas del Código Civil–, la esposa de un varón tenía un derecho inexpugnable. Hoy en día, el matrimonio se volvió un contrato vacío, un acuerdo entre partes, en el que ninguno pierde lo que ya tenía. El matrimonio clásico, en cambio, consolidaba una sociedad destinada a la transmisión, a la creación de una familia que aseguraba los bienes para los hijos. Esto me recuerda esa película de Scorsese llamada *Buenos muchachos*, en la que un joven empieza a hacer carrera en la mafia y, una vez casado, comienza una relación con otra mujer. Todo parece ir bien, hasta que se muestra en público con su amante. En ese momento, se acercan todos los otros mafiosos para reconvenirlo y decirle con claridad que no puede hacer algo así, que sobre todo debe “respetar a la esposa”.

En última instancia, el matrimonio es una institución cuyo núcleo está basado en el respeto a la esposa. Si retomo la frase inicial –de mi abuela–, aunque pueda parecer triste a alguien de mi generación, lo cierto es que habla de una época en que las parejas se consolidaban y, con los años, comenzaba ese proceso de alejarse progresivamente uno del otro, quizá con la conclusión de dormir en habitaciones separadas. ¡Esa es la separación permitida! Respetar a la esposa en la salud, cuidarla en la enfermedad, amarla para siempre, que no es lo mismo que desearla solo a ella. ¿Qué mujer no sabe que con el tiempo, el interés erótico de un varón se dirige hacia otras mujeres? Por eso a la histérica, mujer de otro tiempo, le alcanzaba con ser

“la primera” –aunque más no fuese a costa de sentirse celosa de las otras–. “¿Quién es esa mujer que llamó? ¿Por qué te escribe a esta hora?”, preguntaban las histéricas de antaño. Mientras que hoy en día es mucho más común escuchar a mujeres sufrir porque no quieren que sus parejas deseen a otras. Se les representa como algo intolerable, ya no con preguntas subrepticias que dan a entender los celos, sino con celos actuados que se pueden volver feroces. Porque si la histeria es una categoría de la época en que el matrimonio tenía un sentido, el respeto a la esposa hoy se ve avasallado por la promesa de fidelidad.

* * *

Unas semanas atrás leía una entrevista a un prestigioso político y economista, en la que luego de interrogarlo sobre asuntos relativos a su profesión, le preguntaron: “¿Perdonarías una infidelidad?”. Me pareció un signo de época. ¿Cómo es que en un reportaje profesional, de repente se pregunta por algo tan íntimo? Es que, en los tiempos que corren, la vida pública de una persona casi no se diferencia de su intimidad expuesta. Lo muestran las redes sociales, pero también la expectativa generalizada de que tengamos que vernos deseables permanentemente.

Hoy en día, el atractivo sexual es un valor de mercado, ¿cómo va a sorprender que, antes que asegurar un vínculo en el matrimonio, muchas personas duden si acaso no pueden reemplazar a su pareja actual por un “modelo mejor”? En este contexto es que surge la promesa de fidelidad, que se relaciona menos con un asunto amoroso, que de potestad. Si ya no está el respeto como sostén del lazo, entonces se busca atrapar al otro por aquello que es más inestable: el deseo. Se controlan computadoras, se hackean claves, se revisan teléfonos, etc. Este tipo de conductas no hacen más que demostrar lo frágil del lazo con el otro, el temor permanente al abandono. “Para morir de

amor, hay que tener tiempo” decía André Maurois. Los amores del siglo XXI son miedosos, no duran, se quiebran fácilmente, están en las antípodas de ese poema de Silvina Ocampo que dice: “jamás llegar por nada a concederte/ la tediosa y vulgar fidelidad/ de los abandonados que prefieren morir por no sufrir,/ y que no mueren”.³

La obsesión actual por la fidelidad tiene como contracara la desaparición de otra categoría clínica del siglo XIX: la neurosis obsesiva masculina. Si antes me referí a las mujeres histéricas, ahora lo haré a los varones obsesivos. Hay algo de esta idea que está incluso en el sentido común: ellas histéricas, ellos “obse”; pero ¿qué es un neurótico obsesivo? Es alguien atormentado por la duda y la irresolución, que no puede decidirse. Antes dije que en todos los casos freudianos está en juego la cuestión del matrimonio. Lo demuestra ese otro caso de Freud, el de un muchacho de veintitantos años, que tiene a toda la familia a la espera de que termine sus estudios para casarse y ¿qué es lo que hace para resistir el momento clave? Demora sus estudios. El punto es que él no está seguro de casarse, porque la mujer con la que los parientes esperan que formalice es una distinta a la que a él le gusta; pero ¿cuál es el problema? Que la mujer con la que él quisiera casarse ¡no puede tener hijos! Y ¿para qué

3. En este punto, el lector ya se habrá dado cuenta de que cuando hablo de matrimonio, no me refiero a un mero ritual, que puede ser una forma vacía –como cuando los famosos hacen de sus bodas espectáculos–, sino a un modo de vínculo. Como se verá en la primera parte del libro, alguien puede haberse casado formalmente y seguir en una posición de “soltero”; de la misma manera que otra persona puede no haber pisado jamás un registro civil y, sin embargo, reconocer a otro como su marido o esposa. Asimismo, huelga decir que si bien en el texto usé el ejemplo de la infidelidad masculina, que podría ser considerado como sexista y, para el caso, reprocharme que es un hábito de los varones el engañar a las mujeres, como una forma de dominación, recuérdese que quien escribe es un psicoanalista que pasa muchas horas junto a un diván y, como dice el refrán, “de la muerte y de los cuernos no se salva nadie”.

se casaba alguien en el siglo XIX? Entonces este varón vacila, se muestra indeciso, no puede realizar un acto sin deshacerlo. Podría decir que está muy lejos del varón contemporáneo, que huye del compromiso. Más bien el varón freudiano –para llamarlo así– padece porque tiene un conflicto (llamémoslo “síntoma”) con el compromiso. Si la pregunta de la histérica es “¿Soy su mujer?”, la del obsesivo es equivalente: “¿Con cuál me caso?”. En absoluto esta es la pregunta de los varones que, en nuestro tiempo, no terminan de consolidar una relación, porque piensan que si se comprometen con una mujer, podría haber otra que sea más conveniente. El varón de la época de Freud sufría por un conflicto con el deseo, los de nuestra época especulan con aquello que les represente una mayor ganancia, que les haga perder menos libertad, como cuando hacen del poliamor no una forma de reformular la noción de pareja, sino la vía para autorizarse varias relaciones simultáneas.

En este punto, de regreso a la fidelidad –uno de los temas que retomaré en este libro, junto con el terror al compromiso de aquellos a los llamaré “solteros”– es notable que la expectativa de que el otro sea fiel va de la mano –en nuestro tiempo– con lo frágil de la entrega al otro, como si le pidiéramos al otro que nos asegure aquello que no damos. No pocas veces los más celosos (varones y mujeres) son quienes no dejan de tener sus flirteos escondidos. No hace falta un nuevo concepto psicoanalítico para describir esta situación. Mi abuela la llamaba “cola de paja”.

En el siglo XXI, todos parecemos obsesionados con lo que hace el otro, en busca de detectar un signo oculto, quizá menos preocupados por el deseo en la relación que por el efecto que podría tener que el otro nos sea infiel: una disminución de nuestra autoestima. Si el otro me traiciona, es porque valgo poco. Por eso le estoy encima, lo amenazo, lo acoso para tener una certidumbre perfecta de cada uno de sus movimientos. De más está decir que estas coordenadas suelen llevar a situaciones

violentas. La agresividad en las relaciones de pareja también será uno de los temas que retomaré en las páginas siguientes.

* * *

Quizá haya quien piense que este libro está demasiado basado en el paradigma de la norma heterosexual. Sin dudas es así. No desarrollaré las formas del amor y el deseo homosexual, tampoco tomaré la cuestión de las familias homoparentales y otros asuntos importantes de la vida contemporánea. No creo que sea un sesgo restringido el de decir que me interesa la situación de los varones heterosexuales y, en particular, aquellos que tienen entre 20 y 40 años. Si hay algo notable de un tiempo a esta parte, es cómo los 40 eran la etapa de la vida en que –hasta hace unas décadas– empezaba la madurez del varón, mientras que hoy es recién la etapa en que empieza a terminar la juventud. Algo así como una segunda adolescencia. A mi edad, poco más de 40, mi padre ya tenía 6 hijos y casi todos los padres de mis amigos ya estaban asentados. Hoy en día muchos varones de esa edad todavía no saben si acaso, alguna vez, vivirán con una mujer, si quizá tengan un hijo –¡no más de uno!–, no sea cosa que se pierda el fulbito de los sábados con los “pibes” (que de pibes ya no tienen nada).

En el siglo XXI, la modificación de las relaciones afectivas es tan grande, que las dos grandes formas de vida –para varones y mujeres: obsesión e histeria– que existían para organizar los afectos, perdieron vigencia. Si a lo largo del siglo XX todavía se podía decir obsesivos e histéricas, en este siglo las categorías son otras. Aquí las llamaré seducción e intensidad. ¿Por qué los varones ya no buscan una esposa (de la que pueden dudar de manera obsesiva si acaso es la correcta) y prefieren asumir una actitud de seducción crónica? ¿Por qué las mujeres ya no esperan a ese príncipe azul –pero no porque hayan asumido que no existe y, entonces, estén más en sintonía con un varón concreto,

trivial y torpe, como todo varón–, sino que viven acosadas por ideales mucho más severos? Por ejemplo, si histérica es la mujer que se ilusiona, para luego decepcionarse, al descubrir que ese varón que ella idealizó no la ama “lo suficiente”; “intensa” es la que vive en busca de signos de desamor, que no llega siquiera a confiar como para ilusionarse. Es la misma que dice “Ya no hay hombres” y, de antemano, justifica sus temores y sospechas. Es la que se da cuenta de que la histérica ya no es ella, por lo tanto acusa de histéricos a los varones.

Nuestra época ya no es la de Freud, pero tampoco se puede entender sin Freud. Se publicaron miles de libros de autoayuda para dar cuenta de los problemas que considero en este ensayo –mencionaré dos precursores, ya clásicos: *Las mujeres que aman demasiado* (1985) de Robin Norwood y *Los hombres que no pueden amar* (1987) de Steven Carter y Julia Sokol–, sin embargo mi perspectiva es otra. No me interesa decirle a nadie lo que tiene que hacer, tampoco ofrecer recetas ni fórmulas. No creo que sirvan los planteos del estilo “cómo reconocer si su pareja es de esta forma o de otra”, porque ese tipo de postulados lleva a poner la piedra en el zapato del otro. Desde ya que no digo que todo sea culpa de uno; que no sea de una manera no quiere decir que sea de la contraria. En realidad, pienso que si aprendemos a mirar con cierto contexto –tarea principal en el inicio de todo tratamiento de psicoanálisis–, podremos ser más conscientes de qué decisiones podemos tomar y cuáles no. En particular, como diría mi abuela, juzgaríamos menos y seríamos más comprensivos con la situación que nos tocó vivir, sin por eso adoptar una actitud derrotista; todo lo contrario, a veces es preciso darse cuenta de que muchos deseos que tenemos están inflados por expectativas presuntuosas que no hacen más que entorpecer nuestra vida.

En una de mis películas favoritas, *Escenas de la vida conyugal*, de Ingmar Bergman, un matrimonio está sentado en un sofá un día de mucho calor, están agotados por la crisis que atra-

viesan como pareja. Entonces ella dice: “¿Por qué no podemos ser como nuestros padres? ¿Por qué no podemos dedicarnos a comer y volvernos viejos?”. El problema de mi generación de varones y mujeres es que ya no queremos envejecer ni engordar. Hicimos del amor nuestro Dios, pero Eros es un Dios caprichoso. Le pedimos demasiadas cosas. Así fue que se cansó de nosotros.

Y nos abandonó.